

El engaño de la

LIBRE EXPRESION DEL PENSAMIENTO

Pedro Berroeta

Pocas veces el derecho a la libertad de expresión se ha planteado con tanta grave urgencia como ahora. Amenazado el hombre en su dignidad esencial por la avasalladora marea de las ideas políticas y el monstruoso desarrollo de los medios masivos de comunicación, se aferra desesperadamente a los últimos restos de una posesión duramente conquistada y que parece hundirse rápidamente en un largo crepúsculo.

Pero, quizás, esa decisiva batalla está mal emprendida al circunscribirla solamente a la libertad de expresión del pensamiento; y es, incluso, posible que quienes, desde las sombras, manejan los hilos de la acción humana hayan desviado adrede el verdadero objetivo de la lucha, de modo que el hombre no despierte y siga embistiendo sin cesar contra el trapo rojo del astuto torero.

Digo esto porque si a una locomotora se le preguntara —y pudiera responder— si es libre de avanzar a través de los campos y montañas, arrastrando su retahila de vagones, respondería afirmativamente: delante de ella, en efecto, se extiende el paisaje sin obstáculos. No sabe, como máquina que es, que rueda sobre líneas trazadas de antemano y sigue el camino que desde los paneles de control le indican. Asimismo, cuando creemos actuar libremente y libremente expresar lo que pensamos, ¿hasta qué punto esas acciones y esas ideas son nuestras, o son rieles sobre los cuales vamos?

He visto a hombres pacíficos encenderse al paso de la bandera de su país y escribir poemas fieros contra un enemigo recién descubierto más allá de fronteras que antes cruzaba para compartir el pan y la amistad con quien hoy, a causa de tres colores y una marcial melodía, se dispone a combatir. Expresa libremente su pasión y su odio, pero ¿nacieron éstos libremente en él?

¿Y no es, acaso, libre en su expresión el creyente ortodoxo y convencido de las religiones políticas de nuestros días que escribe y habla y grita contra Hitler hoy, y mañana por él, como fue el caso de los comunistas rusos, quienes sinceramente aprobaron y defendieron el pacto germano-soviético? ¿Y no escribieron poemas y novelas ensalzando a Stalin quienes, luego de su muerte, volvieron a escribir, pero esta vez para destruir su memoria?

El que compra un objeto, el que expresa una opinión, el que publica un libro puede pensar —y a muchos conviene que así sea— que está actuando en libérrimo uso de su voluntad. ¿Será cierto?

Mientras, por una parte, el cristianismo va perdiendo en fuerza coercitiva lo que va ganando en sensibilidad humana y en cuidadoso respeto del alma, como frágil y precioso objeto, por otra parte, hay una creciente presión para ir condicionando de tal manera a los hombres que llegará un momento en que no habrá conflictos en la libertad de expresión: todos expresaremos libremente lo que nos enseñaron a expresar.

Esto, sin medir quizás —aunque lo dudo— el alcance de lo que proponía, lo dijo ya Lecomte de Noüy:

"La educación primera debe moldear el carácter del niño en el momento en que su cerebro está todavía libre de toda huella y es infinitamente plástico. Este trabajo preparatorio debe ser llevado a cabo antes de que el impacto de su naciente personalidad contra su universo haya creado hábitos que un día deberán ser vencidos. Es importante imprimir en él, desde el comienzo mismo, las sencillas reglas, la aparente 'deformación' adquirida y adoptada por la civilización, que constituye las bases de la herencia específicamente humana, de la tradición fielmente conserva-

da y pulida lentamente en el transcurso de las edades."

Un niño educado en esta forma, desde el comienzo mismo como dice Lecomte, cuando su cerebro es todavía blanda arcilla y su personalidad apenas alba temblorosa, actuará más tarde como adulto de acuerdo con la "aparente deformación adquirida y adoptada por la civilización". Para él, como hombre, como miembro de su sociedad, como artista, como escritor, como poeta, no se planteará jamás ningún problema de libertad de expresión: porque su pensamiento y su conducta habrán sido pre-determinados, moldeados, adecuados, "civilizados" y acomodados como el jardinero acomoda los árboles a su capricho y transforma las orgullosas ramas que nacieron para mecerse al viento, en muñones retorcidos.

Y esto es cierto no solamente en la conducta del hombre corriente. Creo que William Barret tiene razón al escribir:

"Ningún creyente, por sincero que sea, podría hoy escribir la Divina Comedia, aunque poseyese un talento igual al de Dante."

Cuando Dante la escribió estaba expresando "libremente" su pensamiento: un universo de visiones y símbolos, de valores éticos, de estructuras sociales que, en las palabras de Lecomte de Noüy, eran las bases de la civilización de su siglo y las normas de enfrentamiento al mundo.

Jamás, en verdad, ni sociedad ni estado alguno han coartado la libre expresión del pensamiento; lo que han buscado inhibir es la expresión del pensamiento disidente, el cual surge, por lo demás, como característica de las culturas que van perdiendo su poder mágico sobre los hombres.

En el apogeo de su fuerza, una civilización determinada penetra tan a fondo en el alma de los suyos y condiciona sus reflejos con tal eficacia, que la herejía —es decir, el pensamiento heterodoxo— es de todo punto imposible en un ser normal y se atribuye su aparición a influencia satánica.

De manera, pues, que el verdadero problema que se plantea no es tanto el poder decir lo que pensamos, sino el poder pensar por nosotros mismos: el que se nos deje expresar nuestras ideas o no, aunque importante, es menos significativo con respecto a nuestra propia dignidad humana. El "pero se mueve" es lo que hace al hombre libre.

Mas ¿cómo alcanzar a esa fundamental libertad del pensamiento? ¿Cómo liberar al hombre de condicionamientos y hacerlo desprenderse de su servidumbre? Allí están la médula de la cuestión y el peligro. Peligro no para el ser humano, sino peligro para los Estados absorbentes, para las ideologías integrales, para los mozos de cuadra de la sociedad de consumo: el peligro de que despertemos y dejemos de ser animales encadenados por estímulos, cuyos reflejos tomamos por pensamiento libre.

Lo esencial está no en que me dejen decir lo que yo pienso, sino en que me dejen pensar, en que me enseñen a pensar sin trabas, en que me den, cuando más, los instrumentos necesarios para que yo mismo busque mi camino y exprese en ideas mi individual experiencia.

Por ello, no importa tanto —aunque es grave, claro— la censura. Lo que cuenta es rescatar al hombre de su deletérea identificación con sistemas de pensamiento, de conducta y de acción. Lo que es fundamental es impedir que la blanda arcilla de la niñez sea moldeada no por el "impacto de su personalidad naciente sobre el universo", sino por manos aviesas, o torpes, o interesadas: por manos, en suma, empeñadas en afirmar en los jóvenes cerebros "la aparente deformación adquirida y adoptada por la civilización".

Si enseñamos a los hombres a pensar libremente, la fuerza expansiva de su divina energía romperá cualquier barrera que quiera imponerse a la ilimitada expresión de ese pensar.

Lo demás es seguir cayendo en el engaño del astuto torero y su trapo rojo.



Legislar para mañana, más que difícil, es escalofriante por lo casi imposible.

Una reglamentación de los medios de comunicación social en nuestro cambiante hoy resulta muy parecida a la aventura de legislar los modos y maneras de la colonización de nuestro vecino planeta en proceso de descubrimiento, la Luna.

Equivale a legislar sobre lo que nadie sabe a ciencia cierta cómo será.

Porque hace un sinnúmero de siglos Agustín de Hipona, santo y pensador, ya dijo que el presente no existía, que en el instante mismo en que lo gozo, ya pasa, ya no es, y queda convertido en pasado.

Y eso era entonces. Cuando el rapidismo del mundo actual, en sus continuos saltos tecnológicos hacia el futuro —cuestionados como saltos mortales algunos—, hace más aventurado que nunca el predecir y todavía más ingenuo el reglamentar.

Hoy en día hasta la medio consagrada libertad de expresión se pone en duda o al menos se revisa.

Ser libre de trabas satisfacía antes la conquistada definición de libertad. Pero aquél al que nada se le impide nada padece, pero puede —sentado a sus anchas— quedarse pasivo sin realizar nada positivo, viviendo de sus rentas, instalado en su inactivo latifundio intelectual.

Cuando se vive acompañado, y no solo, en un "nosotros" social que gratifica con derechos, pero que también exige un viceversa de deberes retribuidos, no se es nunca libre a solas, sino libre acompañado; es decir, no sólo libre "de", sino libre "para" cumplir un rol, un papel en la sociedad.

Gabriel Marcel, en su obra "Homo Viator", dice: "Lo propio de la persona humana es afrontar el comprometerse efectivamente en la colaboración activa, dada a cada ser libre, de participar en la obra universal."

Prolegómenos es lo que antecede, prolegómenos indispensables para situarnos en la debida perspectiva. Y Marshall MacLuhan, el genial y discutido calibrador del impacto social de los nuevos medios electrónicos, nos da la razón:

"El globo terráneo se nos ha transformado en una aldea por la instantánea intercomunicación que la tecnología de los circuitos electrónicos ha puesto al servicio de los medios de comunicación de masas."

Hoy la visión humana no tiene que recorrer metro a metro la longitud lineal de los paisajes como hasta ayer cuando era válido promocionar en base al slogan "Conozca Venezuela primero".

A un mismo tiempo, en fogonazos de segundos, la pantalla televisiva—gracias a la estación terrena— nos hace estar presentes en Camatagua, Roma y Málaga...; no importando las distancias, como si bastase apenas voltear la cabeza para verlas juntas.